

La guerra como forma patética de la nación.

Teoría y práctica de Max Weber sobre la guerra

Esteban Vernik ¹

Resumen

La expresión que da título a la presente ponencia está tomado de *Economía y sociedad*, el libro póstumo de Max Weber que recoge gran parte de su producción escrita poco tiempo antes del estallido de la *Gran Guerra*. También en los meses previos a ese episodio, el sociólogo de Heidelberg dejó plasmadas líneas de pensamiento que compartió con jóvenes colegas de su círculo, como G. Lukács, sobre el sacrificio y las comunidades de combatientes. Con el estallido de la guerra, Weber tomará distancia de algunos de esos jóvenes seguidores, y se consagrará decididamente a las tareas de la nación en armas. La presente comunicación se propone: i- reconstruir las ideas fundamentales de Weber sobre la guerra y la nación, tal como aparecen en esos escritos anteriores a agosto de 1914; ii- contrastar esos textos con los de su participación durante la guerra; iii- considerar algunas de las críticas que recibió la postura de Weber por parte de Lukács, y evaluar la actualidad de tal controversia.

¹ Profesor de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires, y de la Universidad Nacional de la Patagonia Austral; Investigador del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas y del Instituto de Investigaciones Gino Germani. - estebanjvernik@gmail.com

La guerra como forma patética de la nación.

Teoría y práctica de Max Weber sobre la guerra

I.

De rasgos patéticos, resulta el episodio –que describe Marianne Weber, en la biografía de su esposo- referido al desencuentro durante el verano de 1914, en los días previos al estallido de la *Primera Guerra Mundial*, entre Max Weber y dos de sus más encumbrados seguidores. György Lukács y Ernst Bloch, marcan una cita en casa del maestro del período de Heidelberg, para expresarle sus puntos de vista contrarios a la escalada belicista reinante durante esos días en Alemania, y Weber no tiene mejor idea que recibirlos con su traje de capitán de reserva del ejército.

Ciertamente en la coyuntura de 1914, Max Weber toma decidido partido por la causa de la guerra. Como la mayoría de los intelectuales europeos, y a diferencia de algunos de los miembros de la generación más joven de su círculo (como Lukács, Bloch, E. Lask, E. Lederer, K. Jaspers), adhiere fervientemente a la posición de la nación, encarnada en la figura del Emperador Guillermo II.

Durante el lapso que duró la *Gran Guerra*², la participación de Weber reconoce dos momentos bien diferenciados:

- a) el primero, desde inicios de la contienda en agosto del '14 hasta septiembre de 1915, en que su participación se consagra a administrar los hospitales militares de Heidelberg, al que llegaban los heridos de Estrasburgo y la sangrienta batalla de Verdún. Durante este período, Weber se mantiene en silencio, sin intervenir en el debate de ideas acerca del destino de Alemania. Según la crónica de su esposa, Weber volvía muy cansado de sus tareas en el Hospital y no tenía tiempo ni energías para escribir.
- b) el segundo, a partir de septiembre de 1915 hasta el final de la guerra, en que renuncia a sus tareas de supervisión de los hospitales y se dedica de lleno hasta

² 28 de julio de 1914 - 11 de noviembre de 1918.

el fin de la contienda a analizar los acontecimientos e intervenir en la coyuntura por diversos medios. Dicta conferencias, envía artículos a la prensa (a la *Frankfurter Zeitung*, principalmente), redacta memorándums dirigidos a personalidades influyentes, viaja en distintas ocasiones a Berlín para entrevistarse con políticos, diplomáticos y militares, y espera en vano un nombramiento como asesor gubernamental.

Para la mayoría de los intelectuales de la generación de Max Weber, la *Gran Guerra* fue el punto de mayor involucramiento a favor de la patria, y para algunos, el sentimiento de “pertenencia” existencial a la nación. Al igual que sus colegas de la *Sociedad Alemana de Sociología*, Werner Sombart, Ferdinand Tönnies y Georg Simmel, y la gran mayoría de su generación, Weber participó de la ola de exaltación chauvinista que alcanzó a Alemania y al resto de Europa. Por caso, al otro lado del río Rin, se observa el mismo fenómeno, donde Émile Durkheim, Henri Bergson, Gabriel Tarde y la gran mayoría de los intelectuales franceses adhirieron desde el inicio a la causa de la nación en armas. Y el papel desempeñado por todos estos profesores universitarios durante el conflicto fue el de sus publicistas³.

La exaltación general por la guerra desde el primer momento impresionó a muchos como una gran movilización física y emocional. De manera generalizada, surgen escenas de extemo júbilo. Aún a los ojos de un joven como Ernst Toller -quien posteriormente toma una posición contraria a la guerra, y en 1919, lucha en las calles de Múnich, siendo uno de los protagonistas principales de la República Soviética o de los Consejos de Baviera- en aquel momento de exaltación, decide voluntariamente enrolarse en el ejército:

³ Basta con observar durante el lapso de la guerra, qué se interesaron por publicar estos autores. W. Sombart, *Comerciantes y héroes. Reflexiones patrióticas (Händler und Helden. Patriotische Besinnungen)*, 1915; F. Tönnies, *La ciudad inglesa y la ciudad alemana (Der englische Stadt und der deutsche Stadt)*, 1917; G. Simmel, “Estilo germánico y estilo clásico-románico” (“*Germanischer und Klassisch-romanischer Stil*”), 1918. Todas comparaciones entre la cultura germana y las culturas inglesa y francesa. H. Bergson, *La significación de la guerra (La signification de la guerre)*, 1915; É. Durkheim, *¿Quién quiso la guerra? Los orígenes de la guerra según los documentos diplomáticos (Qui a voulu la guerre? Les origines de la guerre d’après les documents diplomatiques)*, 1915; *Alemania por encima de todo: la mentalidad alemana y la guerra (L’Allemagne au-dessus de tout: La mentalité allemande et la guerre)*, 1915; “Cartas a todos los franceses”, 1916.

...al pisar territorio suizo nos sentimos jubilosos, nos abrazamos y entonamos “Deutschland, Deutschland über alles”. Al otro lado del andén, los franceses que regresaban a su patria entonaban *La Marseillaise* (Toller 1987, 47).

“Vivimos un estado de embriaguez emocional... las palabras Alemania, Patria, Guerra, poseen un poder mágico, cuando las pronunciamos, no se volatilizan sino que planean en el aire, giran en torno a sí mismas, se inflaman y nos inflaman” (Ibidem, 51).

En este estado de embriaguez emocional lo encontramos también en Max Weber:

esta actitud de todo el pueblo, esta fuerza para luchar, sufrir, sacrificarse y amar pareció sublime en sí misma. Ahora que la guerra había resultado inevitable, Weber daba gracias al destino por haberle permitido vivir para verla (Marianne Weber 1995, 487).

Cuando en el verano de 1914 estalla la guerra, Max Weber tenía cincuenta años, y se lamenta entonces por no estar en edad de marchar al frente y dirigir un pelotón. Según el recuerdo de su esposa, Weber “sintió un agudo dolor al pensar que ya no podría marchar al campo de batalla a la cabeza de una compañía” (Ibidem, 484). Le escribe entonces a su madre, en momentos en que sus hermanos y su cuñado ya se habían enrolado como voluntarios en el ejército,

Acaso yo fuera el más marcialmente dispuesto de tus hijos. El hecho de que el destino y la experiencia de esta guerra –*a pesar de todo- grande y maravillosa* me encuentre aquí en la oficina y pase a mi lado, tendré que añadirlo a muchas cosas. Y sin embargo, la vida sigue trayendo muchas cosas que la hacen digna de vivirse” (ibídem, 484-‘5).

Durante los primeros trece meses de la guerra, Weber se dedicó por completo a la dirección de los hospitales militares de Heidelberg. Como aún puede verse en fotos, Weber usaba traje de oficial del ejército. Habiendo dejado de lado su trabajo de investigación, se consagra –¿podemos decir, ascética o místicamente?⁴- a pasarse altas

⁴ En los meses previos a la guerra, Weber había esbozado su tipología de la ascética activa vs. la mística contemplativa, como dos formas opuestas de salvación en el ámbito del rechazo del mundo (Weber 1987, 528-’32). En un sentido más general, encontramos en el accionar de Weber tanto un ascetismo del trabajo

horas por día atendiendo el funcionamiento del complejo de hospitales al que llegaban los soldados heridos. Un sacrificio personal en aras de la nación en su hora más extrema, fuera de todo cálculo. Un *sacrificio del intelecto* por “algo grande que valía la pena”. Su tarea era la de organizar y disciplinar cerca de 40 hospitales de las cercanías de Heidelberg. Tal disciplinamiento incluía castigar a quienes cometían faltas de conducta.

En los primeros meses de la guerra, entre las personas más próximas a Weber, caen en combate: el marido de su hermana menor Lili Weber [Hermann Schäfer], su hermano Karl Weber, y el filósofo neokantiano Emil Lask. Entonces, le escribe a su hermana en una carta de consuelo: “esta muerte en guerra es algo que él no habría querido evadir...” (Marianne Weber 1995, 492). Tanto su hermano Karl como Emil Lask eran profesores universitarios que se habían enrolado como voluntarios en el servicio militar.

Algunos años más tarde de finalizar la guerra, Julien Benda publica *La trahison des clerics* (con cierta inexactitud, *La traición de los intelectuales*). Allí concibe -de forma tal en que resuena el pensamiento de Weber- a *les clerics* como “una raza de hombres que colocan su interés más allá del mundo práctico” (Benda 1975, 134). Ni Bloch ni Lukács perdonaron *la trahison des clerics*, la traición de sus maestros, como Weber, Simmel o Tönnies, que adhirieron a la “carnicería humana” que desde el principio significó la *Gran guerra*.

II.

El fervor de Weber por la patria lo lleva a glorificar la muerte de los soldados en el frente como actos de la más suprema dignidad. Su esposa evoca la primera Navidad en guerra, en la que la voz de Weber, “fue como el sonido de un órgano al hablar de la grandeza de la muerte en combate...”

incesante, como una mística de la fraternidad de los caídos en combate. En seguida nos detendremos en este punto.

“La muerte del héroe por la libertad y el honor de nuestro pueblo es una realización suprema, que afectará a nuestros hijos y a los hijos de nuestros hijos. No hay mayor gloria, no hay fin más digno que morir así” (Ibídem, 492-’5).

Weber concibe los actos patrióticos desde la perspectiva de la “responsabilidad ante la historia” y el compromiso ético por la defensa de la existencia alemana ante las amenazas de desintegración por parte de las otras grandes potencias: Inglaterra, Francia y Rusia.

A la familia de Lask, Weber le escribe:

No es fácil encontrar la actitud apropiada hacia la ida de un ser humano tan excepcional y extraordinario particularmente en vista de su “muerte en masa”... en lucha contra bárbaros... (Ibídem, 493).

Podemos subrayar esta idea de “muerte en masa”, que Weber percibe como lo novedoso de esta guerra, como consecuencia de las ametralladoras. Detengámonos ahora en su concepción de la lucha contra “los bárbaros”. En la intimidad de estas cartas a sus seres más próximos, se percibe en el pensamiento de Weber, esta zona de *geopolítica colonial* tal como aparecía en sus escritos de épocas anteriores, como notoriamente en su Discurso Inaugural de Cátedra de Friburgo 1895 (Weber 1982, 3-29). En aquella ocasión, por “bárbaros”, refería a los campesinos polacos y rusos al este del río Elba; en esta ocasión, al Ejército Imperial Ruso contra el que peleaba el Ejército Imperial Alemán, en el frente oriental, en la región de Galitzia⁵.

Weber nos deja perplejos ante su valoración de la diferenciación étnica y ética, entre los pueblos bárbaros y los de la *Kultur*. ¿Cómo caracterizar estos pensamientos de Weber? Aún en estas circunstancias dramáticas para Weber, se percibe en su pensamiento el lugar de superioridad espiritual de las “grandes naciones” europeas. La justificación de tal “supremacía ética” resulta de una versión del paradigma Civilización –o *Kultur* –versus Barbarie.

Hemos demostrado ser *una nación grande y civilizada*. Quienes viven en *una civilización sumamente refinada* y luego, sin embargo, están a la altura de los

⁵ Actualmente Ucrania, en estos días también en guerra contra las tropas rusas.

horrores de la guerra (lo que no es ninguna realización para *un negro senegalés*⁶)... (cursivas mía, Marianne Weber 1995, 487).

Éste es quizá el tópico que más indignación nos produce. Aquí, Weber reclama consideración por la posición de los soldados alemanes que se enfrentan a bárbaros “negros senegaleses”. En el discurso de Weber, éstos últimos son seres que marchando tras la bandera francesa, no obstante, distan de alcanzar la “realización suprema” de los soldados europeos, como los alemanes...

La reafirmación de esta idea acerca de la supremacía civilizatoria europea y germana, que nos resulta tan ofensiva hacia la condición humana, la encontramos de igual forma en sus intervenciones periodísticas de la misma época. En una de sus primeras contribuciones a la *Frankfurter Zeitung*, Weber invoca la misma postura colonial apelando a la diferencia *espiritual* entre los ejércitos de europeos y los de la población del resto del mundo. Escribe: “Alemania lucha por su vida contra un ejército de africanos, ghurkas y todo tipo de bárbaros de los puntos más recónditos del mundo...” (Weber 1982, 61). Surge claro de estas líneas que para Weber, la existencia de pueblos bárbaros en diversas partes del planeta, contrasta con la supremacía ética y étnica de las potencias mundiales europeas. También de estas mismas líneas, -en otro orden- surgen evidencias de que para el sociólogo de Heidelberg, la lucha de Alemania era por su existencia amenazada por las potencias vecinas, tal como era la explicación oficial que había pronunciado el Emperador Guillermo II, en su discurso a la nación alemana del 31 de julio de 1914. Desde el balcón de su palacio en Berlín, la proclama del *Káiser* era que Alemania “había sido obligada a empuñar la espada”, puesto que había sido víctima de una agresión a sangre fría por parte de la Triple Entente. El objetivo de estas tres potencias, Francia, Gran Bretaña y Rusia, era eliminar a la cultura alemana del corazón de Europa.

La inmensa mayoría de la intelectualidad alemana aceptó acríticamente que esa fue la razón por la cual Alemania entra en la guerra. La creencia de que las potencias europeas centrales junto a Rusia perseguían el objetivo de borrar a Alemania del espacio cultural, jugó un rol en la propaganda alemana (Fitzi 2017). Tanto Weber como la mayoría de los profesores universitarios creyeron la versión de que Alemania había entrado en guerra para proteger su cultura, amenazada por una mezcla de convenciones

⁶ Refiere al reclutamiento en el ejército francés de soldados oriundos de sus colonias.

de la *british society*, aspiraciones territoriales de la burocracia rusa, y un *touche de raison latine*. El 3 de agosto de 1914, la armada alemana ataca Bélgica y Luxemburgo, países neutrales. Este hecho precipitó en Inglaterra y Francia, una ola de indignación moral contra Alemania (ídem).

III.

Aún desde antes de la guerra, como a lo largo de la misma y aún después de la derrota y el desmoronamiento del régimen, hay en los escritos de Weber una preocupación marcada por la condición humana de los combatientes (alemanes). Por la dignidad de sus actos, incluido el más trascendente, el de la muerte. Aún antes del estallido de la guerra, Weber experimenta una suerte de devoción por su sacrificio en las fraternidades de héroes y soldados.

Así, cuando en plena guerra Weber publica en 1915, “Teoría general de los estadios de rechazo del mundo”⁷, se expresa sobre la ética de la fraternidad que guía el tipo especial de comunidad “absoluta”, propia de la (moderna) guerra de masas.

La guerra (...) crea precisamente en las modernas comunidades política un *pathos* y un sentimiento de comunidad, (que) genera una entrega a una comunidad absoluta de sacrificio entre los combatientes y, como fenómeno de masas, una compasión activa y un amor hacia el necesitado más allá de todas las barreras de las asociaciones naturalmente dadas; tales que las religiones en general sólo han podido producir algo semejante en las comunidades de héroes impregnadas por la ética de la fraternidad (ídem).

En esa importante pieza de la obra de Weber, de la cual, al menos, partes habían sido leídas por Weber ante Lukács y otros miembros de su círculo de Heidelberg antes del estallido de la guerra (Scaff 1989, 93), se destaca que “el soldado puede dar a su existencia un sentido único y profundo”. A Weber le impresiona: “el *pathos*” y el “sentimiento de comunidad” que la guerra ofrece al combatiente. Se trata de un sentimiento del cual las religiones no pueden ofrecer nada equivalente. Ni siquiera la

⁷ Luego incluido como “Excurso intermedio” (*Zwischenbetrachtung*), como apéndice al final del primer tomo de sus *Ensayos de sociología de la religión* (Weber 1987).

ética de la fraternidad que ofrecen las religiones está a la altura de la fraternidad de los combatientes.

Estamos entonces ante una forma potenciada de la comunidad, como es la del ejército con su disciplina y heroicidad, en la que también el sacrificio del soldado alcanza una forma superior de trascendencia. Y todo esto, bajo el signo amplificador de las modernas técnicas bélicas. La guerra aparece así como cruzada secular; un especie de paso de la sociedad moderna a la comunidad, si bien no para la sociedad en su conjunto pero sí para la comunidad de soldados en el frente. Así, el sentimiento de comunidad que la guerra genera en el espíritu de los combatientes, los incentivaba a realizar “una comunidad incondicional en el sacrificio”. Por lo cual, el “carácter extraordinario de la fraternidad y de la muerte en la guerra” constituye un fenómeno moderno y secular “que el combate comparte con el carisma sagrado y la experiencia de la comunidad con Dios” (Weber 1987, 539).

La comunidad del ejército sobre el campo de batalla se siente hoy, como en los tiempos de los “seguidores de los jefes guerreros”, como una comunidad hasta la muerte: la comunidad más grande de todas (ídem).

La muerte “en el campo de batalla” se diferencia de la muerte ordinaria, aquella “simplemente inevitable”, “por el hecho de que aquí, y en esta situación masiva, sólo aquí el individuo puede creer saber que muere “por” algo (ibídem, 538-‘9).

Desde esta perspectiva, la guerra de masas proporciona al soldado algo que es singular en su significación concreta: la percepción de un significado y de una sacralidad de la muerte que sólo es propia de él. Weber subraya en estas condiciones, “el carácter extraordinario de la fraternidad bélica y de la muerte en la guerra”, así “la muerte puede ser concebida como algo con sentido” (ídem). Y algo más agrega Weber, cuando refiere a “las comunidades de héroes que descansan sobre la ética de la fraternidad”: “las comunidades guerreras cuyo elemento esencial de reunión reside en la sacralización que hace de la muerte, por la cual el soldado puede dar a su existencia un sentido único y profundo”, el sentimiento único aportado por el “pathos” de comunidad, en la que la muerte en combate posee un sentido particular y sublime, porque entra en armonía con la “vocación” del soldado, con su *Beruf*. Nuevamente, para el caído en el campo de batalla su muerte adquiere un plus mayor de trascendencia. No obstante el hecho nuevo de esta guerra: las muertes anónimas “en masa”... Como buen sociólogo de la

modernidad, Weber registra las consecuencias existenciales para la vida y la muerte que comporta la ampliación interminable de los números como parte del problema de la técnica.

Volvamos nuevamente a la carta enviada por Weber a la familia de Émil Lask. En sus condolencias, Weber refiere al sentimiento que provoca la “muerte en masa”. Weber percibe la dimensión “técnica” que inaugura la *Primera Guerra*, y que quita de aura a la muerte. Por vez primera en la historia de la humanidad surge la “muerte en masa”. Muertes anónimas en serie, por efecto de las ametralladoras. El número de muertes automáticas y simultáneas en el campo de batalla le quita el aura al combatiente caído. En este sentido, Enzo Traverso considera a Max Weber “uno de los últimos intelectuales europeos en adherir al mito de la muerte en el campo de honor”.

“De acuerdo con el código de honor inaugurado por los guerreros homéricos, la muerte es el precio que se debe pagar para alcanzar la gloria (kleos). Pero la gloria así obtenida al precio del sacrificio supremo es un valor que trasciende a la vida misma, porque ella es eterna y le confiere al mártir el estatuto de inmortal. Su sacrificio se carga así de un aura que lo sitúa en un espacio intermedio entre lo profano y lo religioso. La patria agradecida no lo podrá olvidar; le erigirá monumentos y la memoria lo evocará en sus ceremonias” (Traverso 2009,166).

Pero la *Primera Guerra Mundial* es también para este autor, el momento en que se deja atrás “el mito de la muerte en el campo de honor al revelar los horrores de la masacre tecnológica y de la muerte anónima en masa” (Ibíd., 165). Traverso observa que la *Primera Guerra* comienza inaugurada por el mito de la muerte heroica y culmina con las conmemoraciones del “soldado anónimo”. Así, “el acto de matar se transforma en una operación mecánica y la muerte toma el carácter de una experiencia colectiva, anónima y trivial”.

La guerra a la que en un primer momento apoyó con entusiasmo Weber – entusiasmo que fue aminorando con el correr de los años, para terminar siendo muy crítico hacia la figura del Emperador Guillermo II- reveló los horrores de la masacre tecnológica. Una guerra no sólo entre ejércitos nacionales, sino por primera vez entre hombres y máquinas, en la que de repente caen miles de soldados por efecto de las ametralladoras. Batallas como la de Somme, en la que sólo en el primer día mueren

20.000 soldados ingleses. O la de Verdún, retratada con tristeza por Simmel, quien desde el balcón de su edificio en Estrasburgo veía todas las tardes el humo de los muertos incinerados alemanes y franceses. Diez millones de muertos y veinte de mutilados son los aterradores números de la *carnicería humana* que resultó la Primera Guerra Mundial.

Especialmente durante los últimos largos meses de la guerra en que Alemania y Europa se incendiaban, Weber fue muy crítico de las posiciones políticas, militares y diplomáticas del Emperador Guillermo II, a quien en 1917, desdeñó en su caracterización como: “un diletante y un pisaverde ...un hombre presumido sin mayor preocupación que acicalarse (Toller 1987, 73).

No obstante, la decepción generalizada con la clase política y dirigente de Alemania, su fervor patriótico se mantuvo más allá de las coyunturas. En el otoño de 1918, luego de que se declarase el cese del fuego, y se constatasen las consecuencias de la derrota militar y el desmoronamiento del Imperio, consecuencias especialmente trágicas para Weber, aun así le escribía a su sobrino: “Aun vale la pena ser alemán...” (Carta a Alwine Müller, del 10-10-18).

IV. Coda

En “Pensamiento vivido”, el extenso reportaje que ofrece hacia el final de su vida, Lukács recuerda una conversación con Marianne Weber al momento de estallar la guerra. Ella elogiaba el alto valor moral de los actos heroicos... , y Lukács respondía: “cuanto más altos sean los actos heroicos, peor será” (Lukács 1999: 46). Lukács cuenta que poco tiempo antes de la realización de esa entrevista había recibido un libro de homenaje a Simmel, en el que aparece publicada una carta que éste último dirige a Marianne Weber, en respuesta a una anterior de ella. En esa carta, Simmel le dice: “si Lukács no está en condiciones de entender la grandeza de esta guerra intuitivamente, no tiene entonces sentido, hablar con él sobre esta cuestión”⁸.

Entender la guerra y la posición de los intelectuales alemanes, desde una perspectiva más racional que intuitiva, es lo que Lukács se propone en un escrito

⁸ Carta del 14/08/14 (Gassen y Landmann 1993: 133).

incabado de 1916 o 1917, que llevaba por título “Die deutschen Intellektuellen und der Krieg”, y que —a petición de Max Weber— iba a ser enviado a la revista de la cual Weber era co-editor⁹. Esas líneas inconclusas fueron publicadas luego de la muerte del filósofo húngaro, y expresan su intento denodado por comprender la posición de la *intelligentzia* alemana ante la guerra. Provisto de una metodología weberiana, Lukács se plantea el objetivo de “situar el comportamiento típico de la intelectualidad alemana hacia el enemigo en un contexto intelectual e histórico y comprenderlo desde ese contexto” (Lukács 1973, 65). Allí señala,

Los complejos vivenciales de la intelectualidad alemana al estallar la guerra podrían tal vez describirse de la manera más sencilla como: un entusiasmo espontáneo muy general, que, sin embargo, carece de un contenido claro o positivo (ídem).

La falta de un contenido propositivo para la euforia nacionalista de los intelectuales alemanes al momento del estallido de la contienda bélica, se complementa con “la opinión general de la intelectualidad de que Alemania fue forzada a la guerra” (ídem). El texto hace mención de los casos de Thomas Mann: “Lo que obsesionaba a los alemanes era la guerra misma, como una aflicción, como una necesidad moral” (ibídem, 66); y de Georg Simmel, cuyos escritos metafísicos de la hora, nombraban el advenimiento de

algo absolutamente nuevo, que tiene que venir... Que la Alemania en la que nos hemos convertido en lo que somos se ha hundido como un sueño soñado, y que sea cual sea el resultado de los acontecimientos, experimentaremos nuestro futuro sobre la base de otra Alemania (ídem).

Finalmente, en esas líneas se buscaba dar cuenta entre los discursos intelectuales de la época del “surgimiento de un nuevo heroísmo”, cuyas características salientes surgían del hecho por el cual,

el héroe de esta guerra no tiene nombre. En un simple, ceniciento y discreto cumplimiento del deber, hace lo que la hora le exige, sin pensar si su desempeño, su evaluación objetiva, es ahora decisiva o episódica... el heroísmo está completamente separado de la fama y el ansia de fama. Sin embargo, esta

⁹ *Archiv für Sozialwissenschaft und Sozialpolitik*.

objetivación va más allá: el valor ya no es la categoría absolutamente decisiva para este tipo de héroe, sino solo un requisito previo indispensable. La disciplina con la que se inició la organización del heroísmo individual como un número en un todo es también un requisito previoser un héroe ya no es visto como una especie de estado de emergencia calculable: en esta guerra cada soldado (según su idea, un héroe) y cada hombre físicamente capaz de hacerlo es un soldado (...) los grandes hechos históricos, como sus autores intelectuales, deben retroceder artísticamente a un segundo plano ante estos héroes (ibídem, 66).

El editor de estas líneas halladas del texto inconcluso, Frank Benseler, comenta que “la representación del héroe moderno” sobre la cual se explaya el filósofo húngaro, recibió sin dudas la influencia de Paul Ernst, aunque recuerde más bien a Ernst Jünger (Lukács 1973, 3). También, el pensamiento de Max Weber hasta aquí revisado, sobre la guerra y el heroísmo de los soldados alemanes, “el alto valor moral de los actos heroicos”, podrá hoy tal vez sonar con un eco de Jünger....

Por último, respecto a la particular justificación que desde el inicio de la guerra vimos que Weber afirma en su llamado, por medio de “la responsabilidad ante la historia”, a marchar como soldados en el campo de batalla, me permito cerrar esta ponencia aludiendo a una vivencia personal de lo ocurrido en nuestra pequeña guerra, de 1982. Recuerdo por esos días de hace cuarenta años, un afiche que apareció en las calles céntricas de Buenos Aires, presumiblemente por obra de un grupo de derecha. Allí también se aludía a la “responsabilidad frente a la historia”, por el cual los actos heroicos de una generación serían juzgados en el futuro por la generación siguiente de sus descendientes... El cartel, que tal vez alguien de Ustedes pueda recordar, decía: “¿Qué hiciste(s) durante la guerra, Papá?”. Como Weber, llamaba a marchar a las trincheras, en la hora más patética de la nación...

Bibliografía

Benda, Julien 1975 *La trahison des clercs* (París: Grasset).

Bruhns, Hinnerk 2017 *Max Weber und der Erste Weltkrieg* (Tubinga: Mohr-Siebeck).

Fitz, Gregor 2017 “Emocionalization, Propaganda and Latent Europe: French and German Sociologists Debating the War”, en Sarah Posman, Cedric Van Dijck y Marysa Demoore (eds.), *The Intellectual Response to the First World War* (Brighton: Sussex Academic Press).

Gassen, Kurt y Michael Landmann (eds.) 1993 *Buch des Dankes an Georg Simmel. Briefe, Erinnerungen, Bibliographie. Zu seinem 100. Geburtstag am 1. März 1958* (Berlín: Duncker & Humblot).

Lukács, György 1973 “Die deutschen Intellektuellen und der Krieg”, edic. Frank Benseler, en *Text+Kritik* (Múnich) 39/40.

_____ 1999 *Pensamento Vivido. Autobiografia em diálogo de Georg Lukács. Entrevista a István Eörsi e Erzsébet Vezér*, trad. C. Franco (Santo André: Ad Hominem).

Scaff, Laurence 1989 *Fleeing the Iron Cage. Culture, Politics and Modernity in the Thought of Max Weber* (Berkeley y Los Angeles: University of California Press).

Toller, Ernst 1987 *Una juventud en Alemania*, trad. Pablo Sorozábal (Barcelona: Muchnik).

Traverso, Enzo 2009 *A sangre y fuego. De la guerra civil europea, 1914-1945*, trad. Miguel Ángel Petrecca (Buenos Aires: Prometeo).

Weber, Marianne 1995 *Biografía de Max Weber*, trad. M. Neira (México DF: Fondo de Cultura Económica).

Weber, Max 1966 *El sabio y la política*, edición José Aricó, trad. Delia García Giordano y J.L.B (Córdoba: Eudecor).

_____ 1979 *Economía y sociedad. Esbozo de una sociología comprensiva*, trad. equipo coordinado por José Medina Echavarría (México DF: Fondo de Cultura Económica).

_____ 1982 *Escritos políticos I*, edición José Aricó, trad. Francisco Rubio Llorente, Eduardo Molina y Vedia, Romeo Medina y Adriana Sandoval (México DF: Folios).

_____ 1987 *Ensayos sobre sociología de la religión/ I*, trad. José Almaraz y Julio Carabaña (Madrid: Taurus).